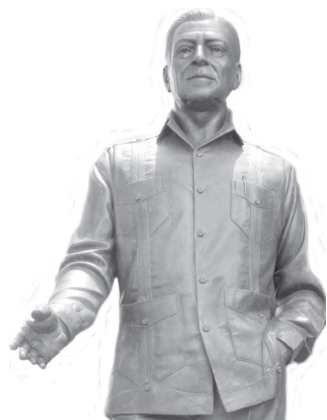




Un trance doloroso

(14 de junio de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

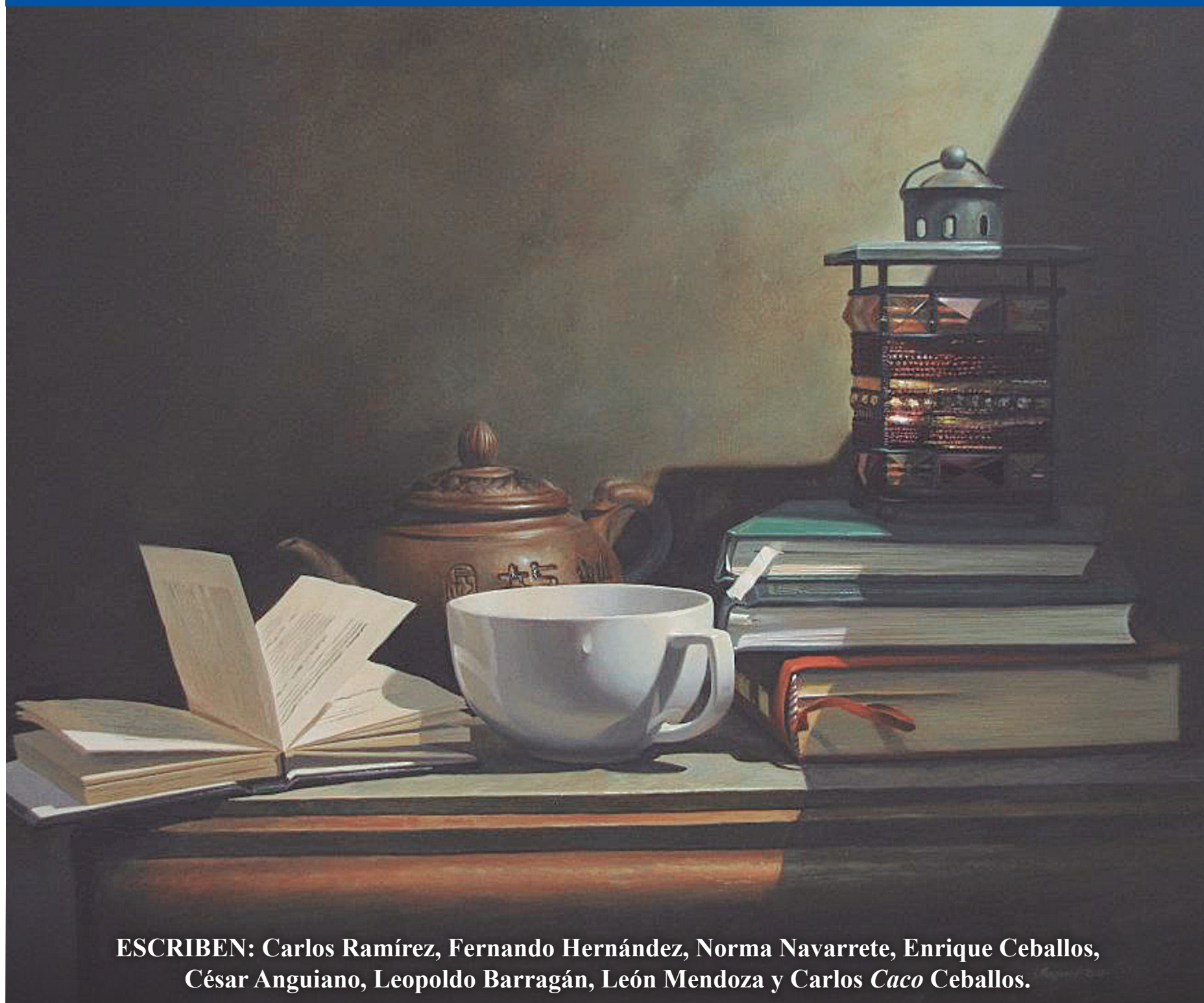


Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2587

DOMINGO 5 DE ABRIL DE 2020



ESCRIBEN: Carlos Ramírez, Fernando Hernández, Norma Navarrete, Enrique Ceballos,
César Anguiano, Leopoldo Barragán, León Mendoza y Carlos *Caco* Ceballos.

Intelectuales de ayer y hoy

Ágora

Las cafeterías siempre han sido un lugar especial para los pensadores, no sólo por la exquisita bebida oscura, sino también por la atmósfera que suelen tener estos espacios, a veces ideales para leer o para escribir, pero también para las tertulias literarias o de cualquier tipo. El escritor cuauhtemense Octavio Romero era uno de los amantes del café, asiduo en los últimos años al establecimiento de L□Árábica, ubicado en el centro de la ciudad de Colima. Con frecuencia se le veía a él solo en la mesa, pero a veces también acompañado por otros autores, mas siempre llevaba consigo libros y una libreta en la que, entre sorbo y sorbo, hacía anotaciones.

Esta es quizá una de las mejores estampas que podemos evocar del escritor, ensayista y crítico literario, Octavio Romero Cárdenas; pero también en el salón de clases como profesor universitario, donde cautivó a sus alumnos en el arte de las letras. *In memoriam*, en esta edición de *Ágora* presentamos tres escritos acerca de una parte de la vida y obra del intelectual oriundo de Cuauhtémoc, realizados por los autores Carlos Ramírez, Enrique Ceballos y César Anguiano, perspectivas muy personales a partir de su experiencia y amistad con Octavio, lo que nos ofrece un poliedro de su trayectoria literaria y académica, así como matices de su personalidad.

También, desde el confinamiento por la emergencia sanitaria que vivimos, continuamos con los hallazgos creativos de nuestros colaboradores a partir de esta pandemia que si bien nos mantiene aislados, la productividad no cesa en torno al tema. Tal es el caso del *Diario* que escribe Carlos Fernando Hernández, donde con humor fino nos revela su pensamiento y las actividades del día a día dentro del hogar; o la poesía de Norma Navarrete, como el vuelo de un ave imaginaria que no tiene limitantes para desplazarse. Asimismo, la propuesta filosófica de Leopoldo Barragán para hacer un viaje a nuestro interior, como una terapia mística en esta cuarentena. Además, la exquisita prosa de Don Manuel Sánchez Silva, con el relato de un episodio doloroso de uno de los artistas más memorables en la historia de Colima, el doctor Miguel Galindo. Y desde luego, las recreativas anécdotas de Carlos Caco Ceballos.

Octavio Romero y los Premios Nobel de Literatura

Carlos Ramírez Vuelvas

En la década de los noventa, Octavio Romero era una especie de leyenda urbana en las cofradías culturales de nuestra entidad. De él se hablaba sólo en términos radicales: que había leído buena parte de la literatura occidental, que había escrito novelas kilométricas que nadie conocía, que sólo conversaba con quien era capaz de seguir la velocidad de su inteligencia, que era un jugador de ajedrez, contumaz e invencible.

Acompañando a su nombre, también lo seguía la sombra de su pertenencia a *Los espesos*, ese grupo intelectual colimense de estoico espíritu bohemio y decididamente crítico con la realidad; su amistad con Teodoro Ponce de León “el único poeta verdadero de Colima”, me aseveró algún día; las anécdotas breves sobre la añosa Librería Hidalgo; su trabajo como editor periodístico, incluida su coordinación de *Ágora*; sus citas permanentes a Jorge Luis Borges y a Juan Rulfo; su cigarro que abandonó con el tiempo y su café del que vivió enamorado.

Para entonces bordeaba el año 2000. Lo conocí en la Facultad de Letras y Comunicación, donde yo era estudiante y él profesor. Aunque nunca tuve el privilegio de asistir a una de sus cátedras, sí convivimos cuando revisaba de manera informal los textos de algunos compañeros de mi generación. Vivaz e inteligente, sus conversaciones chispeaban en inocentes bromas del lenguaje y anécdotas librescas, que lo volvían carismático entre la muchachada.

Durante una década, Octavio Romero se consolidó como uno de los maestros preferidos en las varias generaciones que estudiaron con él, un amante empedernido de la *nouveau roman* francesa y la novela del *boom* latinoamericano. Fue un gran reseñista, y al lado de Enrique Ceballos emprendieron la tarea de editar los magníficos volúmenes de *Colima, tierra de letras*, donde pasan lista de buena parte de la bibliografía literaria, histórica y cultural colimense publicada entre 1990 y 2010. Poco hablaba de su novela *Vidas angelinas*, pero siempre estaba dispuesto a compartir y debatir sus opiniones sobre el escritor que debía ser Premio Nobel de Literatura de cualquier

año. Desde que conversé con él ese tema, uno de sus favoritos era Peter Handke, apenas laureado el año pasado.

Me reencontré con Octavio Romero en los pasillos de la misma Facultad, los dos como profesores, aunque él asistió a un par de mis seminarios en la Maestría en Literatura hispanoamericana, entonces ofertados en el plantel. Incisivo, siempre exigía llegar a los pormenores de la creación literaria por tal o cual circunstancia biográfica, lo que nos llevaba a interesantes discusiones sobre los hábitos de vida de los artistas y de los intelectuales.

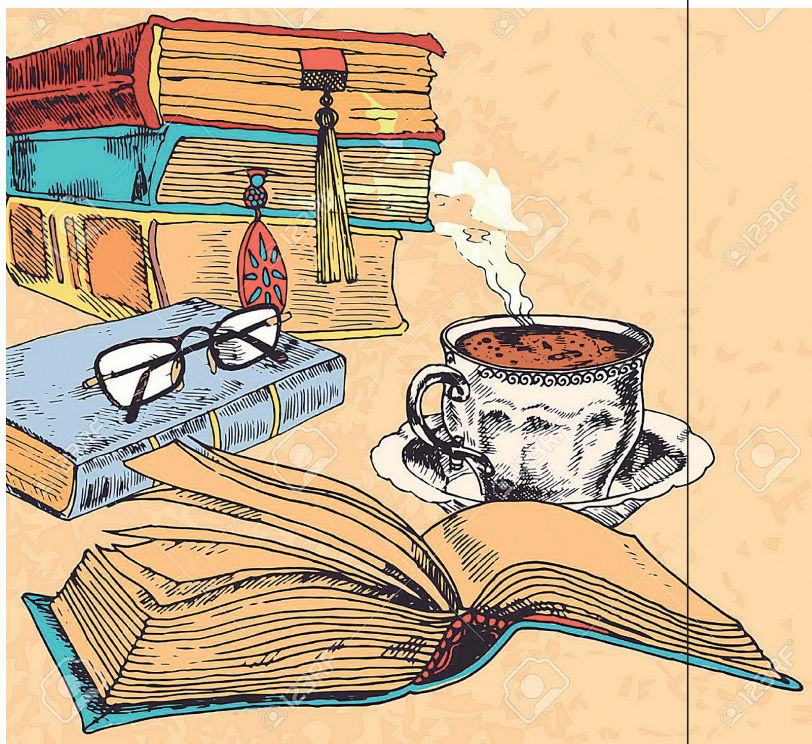
Octavio había desarrollado otra afición, una profunda devoción por los *gadgets*, esos avances tecnológicos de agendas electrónicas, lapiceros digitales, repositorios de música, almacenes de libros

electrónicos, celulares y computadoras, que luego revendía para comprar versiones nuevas. Como en todo lo suyo, logró un amplio dominio en el conocimiento de esos aparatos, y a pesar de no haber estudiado formalmente ninguna ingeniería era capaz de describir con amplitud las características técnicas de sus artefactos.

Para entonces, creo que Octavio escribía poco. Algunas notas suyas aparecieron en *El Comentario*, el periódico de la Universidad de Colima, su última casa editorial. El deterioro de su salud comenzó a ser notorio, y su familia, cada día más preocupada por su integridad, solía acompañarlo desde Cuauhtémoc hasta el campus central de la Universidad.

Como siempre que nos saludamos, la última vez que conversé con él, lo hicimos gustosamente. Volvimos a intercambiar ideas sobre literatura europea. Él citaba a Michel Houellebecq, y aseguraba que algún día le haría justicia la Academia Sueca para concederle el Nobel. Yo le dije que mis “gallos” son los poetas

Adonis y Margaret Atwood. Por ahora, dejaremos en suspenso nuestra quiniela, pero cuando anuncien al nuevo ganador del Nobel, voltearé la mirada al cielo para hacerle un guiño a nuestro querido Octavio Romero.



Durante una década. Octavio Romero se consolidó como uno de los maestros preferidos en las varias generaciones que estudiaron con él. un amante empedernido de la *nouveau roman* francesa y la novela del boom latinoamericano. Fue un gran reseñista, y al lado de Enrique Ceballos emprendieron la tarea de editar los magníficos volúmenes de *Colima, tierra de letras*. donde pasan lista de buena parte de la bibliografía literaria, histórica y cultural colimense publicada entre 1990 y 2010.

Diario de un confinamiento por coronavirus, pensamiento y acción

Carlos Fernando Hernández Bento

La infelicidad del ser humano
se basa sólo en una cosa:
que es incapaz de quedarse
quieto en su habitación.
Blaise Pascal

-Día 0: El amor y el humor, los dos brazos del escritor.
-Día 1: Un virus altamente deshumanizador va a machacar parte de nuestra esencia. No se puede abrazar, besar y se sospecha de todo vecino.
-Día 2: Matemáticas razonables: (Año de Galdós) + (Año de confinamiento domiciliar en España) = Lectura de los “Episodios Nacionales”.
-Día 3: Hay quién no puede cumplir con el deber de confinamiento en su domicilio.
-Día 4: Acabo de darme una vueltita por el baño y la cocina. Y bien, la verdad.
-Día 5: Hoy, todo el día fuera, en la azotea. Desde luego, nada como llegar al dulce hogar.
-Día 6: Cuando acabe todo esto, vendo la casa.
-Día 7: Esto al final va a ser una estrategia comercial de las grandes cadenas alimenticias: Walmart, Soriana y, en España, Mercadona. Tiempo al tiempo.
-Día 8: Me entero de que ahora resulta que los médicos tampoco te dejan echar un polvo. Pero, bueno... ¿qué estúpido “fin de mundo” es éste?
-Día 9: ¡No me acordaba del trastero! ¡Qué bueno! Desde mañana tempranito tiro para abajo.
-Día 10: Brevisima y extraña historia del tipo que no podía acercarse a la puerta de la calle, porque siempre se olvidaba de algo.
¡Quédate en casa!
-Día 11: El mundo, el de ahí fuera, está escrito en los libros. ¡Quédate en casa!
-Día 12: Caigo en la cuenta de que, en una hipotética situación, el mundo quedaría en manos de los concursantes de “Supervivientes” de Telecinco (España); un minúsculo grupo de zánganos que hablan discutiendo y se encuentran confinados en una isla caribeña desde hace meses. Más no digo, más no escribo.
-Día 13: Advertencia “in extremis” a mis amigos de las redes sociales: “Atención, atención. Cuidado con los mensajes que te sugieren quitar tu foto de perfil para colocar una velita. Creo que son una estafa viral (y dale con los virus), para entrar en vuestras computadoras a robar datos bancarios, etc. Pon la vela en tu casa, si quieres. Nunca debajo de una cortina o junto a la bombona del gas, que bastante desgracia tenemos ya”.
-Día 14: ¡Quédate en casa! Yo no salgo ni por alcohol, chico. Total, no queda.
-Día 15: Píldoras contra la crispación política: 1) Si opinas gris, el del blanco verá que opinas negro y el del negro que opinas blanco. 2) De ésta se sale con mucha paciencia, paz y ciencia.
-Día 16: Hoy estaré de natación en la bañera. Menos mal que al final no puse el plato de ducha.
-Día 17: Ayer, natación en la bañera. Tuve que hacerla en pelotas, porque el bañador se me quedó en La Gomera. Por lo demás, bien.
-Día 18: Ante las malas previsiones para el futuro de la Economía, he ideado un “Plan hidrológico casero. Economía para tiempos difíciles”: Llenar la bañera y al agua todos. No discriminen, hasta el perrito y el loro. Luego, pueden aprovechar para fregar la loza, el suelo y, finalmente, regar el huerto. (Nota: No me hago responsable del sabor de las papas).
-Día 19: Llega el viernes de nuevo... ¡Ánimo! ¡Nada como un fin de semana para romper la rutina!
-Día 20: Al poema dedicado “Al beso”, le voy a poner un título que me parece más universal y adecuado a su letra: “Al abrazo”.
En ese instante/ En ese preciso instante/ En que todo se hace gigante/ El cuerpo inicia el camino/ Que le va marcando el alma.
-Día 21: Gracias a Dios que en España tenemos el “Sálvame” y en México el “Ventaneando” para pasar este mal trago. Ironías, lo justito.
-Día 22: Voy a comprarme una tele nueva. La que tengo no da sino malas noticias.
-Día 23: Ya está bien de confinamiento. Me voy a dormir. Hasta el año que viene, amigos. Por el derecho a la hibernación...
¡Quédate en casa!

Embrionario

Magda Escareño

ABRAZADERAS:

IV Ayunada lágrima:

Seca como la sequedad que desquebraja, sobre una tiña húmeda, un quejido reprimido. Callarse haciendo hoyitos en los ojos para que el olvido haga su nave sobre un lago nunca llorado. Mirar mirando la nada, minando el espejo con neblinas negras. Vivir entre oscuras aguas hasta donde la estación termina

Buen viaje

León Mendoza

Dejó de sentir miedo porque

nunca volverá a tener los errores

que dejaron los años recorridos

en una vida sin sentido y opaca

Llevaba todo en un solo recuerdo

el que le extendió los momentos

como un caleidoscopio sin color

sólo transparencias estáticas

En un ataúd esperando que llegara

el reposo de todas las noches

en las que el descanso será tan grato

que el miedo no tendrá regreso.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Un trance doloroso

Don Manuel Sánchez Silva

(14 de junio de 1959)

Desde que el doctor Miguel Galindo, una vez obtenido su título en la Universidad de Guadalajara, regresó a Colima y estableció su consultorio, destacó su personalidad verdaderamente poliédrica, pues aparte de su capacidad profesional poseía relevantes dotes de literato, escritor, polemista, enamorado del arte en todas sus manifestaciones, político inquieto, valeroso y honrado e infatigable impulsor de la cultura.

Entre las diversas actividades que desarrollaba, provenientes del dinamismo de su carácter, contribuyeron a crearle una especial significación: la actitud de rebeldía asumida contra el gobierno de don J. Trinidad Alamillo y que le valió andar a salto de mata por algún tiempo; la edición de numerosos libros y folletos, entre los que descollaron la *Historia de Colima, Tratado sobre literatura, La razón de la sin razón, El folklore colimense* y otras obras más; la formación de la Sociedad Artística de Aficionados, organismo integrado por intelectuales reunidos con el propósito de extender la afición por el arte y la cultura; la edición de un periódico, *El Dragón*, su órgano personal de expresión y que imprimía en una modesta imprenta de su propiedad; la constitución de una revista literaria llamada *Alma Lirica*, exponente oficial de la sociedad antes referida; y la organización de un ciclo de conferencias que sustentó en el antiguo teatro Hidalgo y en las cuales puso de manifiesto sus profundos conocimientos sobre música autóctona.

Esas exteriorizaciones de un temperamento dinámico y polifacético, imprimieron al doctor un sello de justificada importancia y le conquistaron un merecido respeto en todas las clases sociales.

Contrajo matrimonio con la señorita Julia Aceves, hermosa joven originaria de Sayula, de la que desafortunadamente no tuvo familia, lo que tal vez influyó para que se suscitaran frecuentes y lamentables desavenencias, que se acentuaron cuando la guapa señora se enteró de que su esposo no le era todo lo fiel que ella hubiera deseado.

A mediados de 1922, la señora enfermó súbitamente y falleció en forma casi repentina. El doctor experimentó un profundo dolor y, acompañado de sus colegas de profesión y de numerosas personas que le estimaban, presidió el cortejo hasta el cementerio municipal, donde recibió las condolencias de sus amigos.

Pero estaba escrito que no terminaría ahí su angustia. Había por aquel entonces un periódico, *El Azote*, dirigido y escrito en su mayor parte por un periodista queretano, Rafael O. Maldonado, que meses antes había llegado a Colima en difíciles situaciones de seguridad y de dinero. Después se supo que en Aguascalientes, Puebla y Querétaro, el género de periodismo que practicaba le había acarreado graves enemistades, que en todos los casos se resolvieron en la trágica muerte de sus rivales.

Maldonado pertenecía a la escuela del periodismo sensacionalista hasta el escándalo y valiente hasta la temeridad, y haya sido por el propósito de aprovechar el fallecimiento

de la señora Galindo como una ocasión para darle interés a su periódico o por convicción sincera, el caso fue que publicó una información amarillista, sugiriendo la posibilidad de que la señora no hubiera fallecido de “muerte natural”, sino envenenada por su esposo. También anticipó la hipótesis de un suicidio ejecutado mediante la ingestión de ácido oxálico, y para fundar sus suspicacias, el periodista hizo hincapié en la circunstancia de que en el rostro de la desaparecida se advirtieron sospechosas manchas violáceas, lo que en realidad fue notorio para todas las personas que vieron el cadáver. Terminaba el reportaje increpando al Procurador General de Justicia, para que interviniera en el asunto, empezando por ordenar la exhumación.

Era procurador el señor licenciado Pedro A. Rodríguez, eminente penalista y hombre intachablemente honesto, que descendía de una vieja y honorable familia colimense. Sufrió el licenciado de una susceptibilidad exagerada y se ponía fuera de sí ante cualquier incidente que pudiera poner en

entredicho su integridad, por lo que, aguijoneado por el periódico, decretó al fin la exhumación, la que se llevó a efecto en un atardecer nebuloso, en que el tinte grisáceo del crepúsculo, contribuía a subrayar lo dramático de la diligencia.

Por aquella época, el Hospital Civil ocupaba un vetusto edificio ubicado en el sitio donde ahora se levanta la escuela República Argentina, frente al costado oriente del jardín Núñez. Ahí se reunieron el licenciado Rodríguez, el agente del Ministerio Público, don Pedro Solórzano, los escribientes de ambos, los médicos legistas y sus ayudantes y juntos se trasladaron al panteón, donde los sepultureros iniciaron la macabra extracción del cadáver, que

en pleno estado de descomposición fue llevado al hospital, donde se le practicó la autopsia y se examinaron las vísceras, en busca de alguna sustancia tóxica.

Se hallaban los médicos practicando la necropsia, cuando irrumpió el doctor Galindo en persona. Hubo un momento de suspenso penoso, que el médico se encargó de conjurar con su continente en apariencia tranquilo.

—Deseo ver por mí mismo la autopsia de mi mujer...

Y dolorosamente frío, con el rostro contraído y siendo evidente su esfuerzo por contenerse, presenció el terrible espectáculo.

Cuando las reacciones químicas a que se sujetaron las muestras tomadas de las vísceras produjeron resultados negativos, el licenciado Rodríguez ordenó con voz quebrada por la emoción:

—Ya es suficiente... Introduzcan a la señora en su caja y llévenla al cementerio...

Con las facciones visiblemente alteradas por la escena presenciada, el funcionario tomó del brazo a su amigo, el desolado médico, y lo empujó fuera del anfiteatro para luego tomar por el largo y sombrío corredor del hospital, en tanto que, médicos y ayudantes, amortajaban el pobre cadáver deshecho y lo enviaban a su última morada. La definitiva.

* Periodista, escritor y fundador de *Diario de Colima*. †

Mira qué bonita era (ca. 1895), pintura de Julio Romero de Torres (1874-1930).



A mediados de 1922, la señora enfermó súbitamente y falleció en forma casi repentina. El doctor experimentó un profundo dolor y, acompañado de sus colegas de profesión y de numerosas personas que le estimaban, presidió el cortejo hasta el cementerio municipal.

Nombre de ave

Norma Navarrete

El día está hecho para salir a caminar por
las calles.
Nuestras alas divagan por el aire.
Volar o no.

Los sonidos que me asombran son menos.
Un rumor de un celular que se enciende
Y despierta el buen humor.

Un ave que canta en su cautiverio.
Para recibir a la primavera.

La primavera que sostiene una flor blanca
Sobre un lienzo color mar.

El mar, no recibe visitas en estos días.
También se encuentra aislado.
Las gaviotas lo cuidan de sus patologías.

El susto de no ver a los niños
Construir figuras de arena.
O parejas que se dan la mano
En un ocaso de fotografía.

Quiero gritar, salir, saltar.
Mi voz se vuelve solo un silbido en el universo.

Igual que el peso de un colibrí
Que vuela sin saberse pequeño.

Mis dudas acerca de si hoy es miércoles
O domingo, me interrogan con el pecho
Impregnado de dolor de letras.

Ha pasado la noche.
Dejé las estrellas en mi pensamiento.
Quería escribir y solo me subí a soñar
Al cuarto donde todos somos,
Lo que más deseamos y vemos
Lo que más queremos.

Ayer salí a la calle.
No sabía ya cómo cruzar una avenida.
Los autos eran los mismos.
Pero el aislamiento me hizo un poco miedosa.
El viento me dijo:

No, adelante.
Es martes.
Y por la noche
Observé las noticias.
El virus Covid-19
No me había vencido
A mi país de forastera.

Sigo indagando en este día.
Sí es miércoles.
Y se escribe una fiesta
Sin alas, con el mar dormido
En la última mirada.

Investigo cómo llegar a la montaña
Esta primavera en que las epidemias
Tienen un nombre que nos asusta.

Pero yo quiero ir a cortar la flor de montaña
Más ligera, colorida, perfumada con sombra
De todos, para darle a la esperanza
La silueta de un mundo que se recupera

Lentamente, como niño que camina
Y se tambalea.
Paso a paso.
Balbuceando el desamparo,

Y sin embargo fortaleciendo su marcha.
En las cosas que son esenciales:
Las palabras, las miradas,
Los recuerdos, el pulso de la vida.

Y me estaciono a mirar
La retama de hojas que quiero tocar
Recostada en el pasto de un bosque inmenso.

Donde las nubes no han perdido su esencia
Pero nos dejan ver sus lágrimas de vapor
Cada vez que amenaza lluvia este cielo.

Me retiro a no escribir.
Contemplo la tranquilidad
Sentada después de un sueño
Infantil, rodeada de todo.

Recuerdos del escritor
Octavio Romero Cárdenas

Enrique Ceballos Ramos

Octavio nació en Cuauhtémoc, Colima, en 1963, y falleció en el mismo lugar el 19 de marzo de 2020, a la edad de 57 años, a causa de insuficiencia renal. Durante su infancia y juventud cursó primaria, secundaria, preparatoria y dos años de la carrera de Administración de Empresas en la ciudad de Colima.

Posteriormente emigró a los Estados Unidos en 1985, radicando en Los Ángeles, California, donde laboró, a la par que estudió el idioma inglés. En las visitas a los cafés escribió su primer libro: *Vidas angelinas*. Estuvo en el país vecino por un año y se regresó con el borrador de su novela en la maleta. (11 años después, en 1996, fue publicada por la Unidad Editorial de Jalisco, en la Colección Jabalí).

Ya en Colima y atendiendo a sus inquietudes por las letras ingresó al Taller Literario “Tablero”, dirigido por su fundador el maestro Efrén Rodríguez Mendoza. Dicho taller se impartía en la Biblioteca Central “Rafaela Suárez” de la Casa de la Cultura. Perteneció a la primera generación junto con Rubén Alcantar, Víctor Manuel Pazarín, Verónica Zamora y Reyna Michel, entre otros.

Después entró a estudiar la carrera de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima y colaboró en el periódico **Diario de Colima**, en el suplemento cultural *Ágora*, que coordinaba Rafael Araiza, también ya fallecido.

Al terminar sus estudios universitarios se fue a la Ciudad de México en compañía de sus amigos Ricardo Sánchez Radillo y Gloria Vergara Mendoza a estudiar la Maestría en Letras Modernas en la Universidad Iberoamericana. Mientras estudiaba trabajó como asistente del maestro Gerard Nyenhuij, norteamericano de ascendencia holandesa, quien era el traductor de la obra de Roman Ingarden. El trabajo de Octavio consistía en la revisión de textos de teoría literaria, pero solo duró un semestre y se regresó a Colima.

Me contó su hermano, Marco Antonio, que se dio cuenta que su jefe, Gerard, le habló varias veces por teléfono pidiendo que regresara a México, ya que tenía varios proyectos de investigación y tenía muy buena impresión de la capacidad de Octavio para encontrar paralelismos literarios entre los escritores, pero él ya no quiso salir de Colima.

Ya de nuevo en su solar nativo ingresó a la Universidad de Colima, como profesor de Literatura, cumpliendo ya casi quince años en la cátedra universitaria.

Tuve la fortuna de conocer a Octavio de la siguiente forma: Iniciando mi actividad como editor tuve la idea de hacer una memoria o recuento de libros escritos por colimenses, nativos o resi-

dentés con un mínimo de cinco años, con agrupación en tres áreas: literatura, historia y temas generales. Me pareció que sería de interés que no fuera un simple catálogo de libros, sino que se efectuara análisis o reseñas de los mismos. Hice un examen de conciencia y reconocí que aunque era bueno para la investigación bibliográfica, no tenía aptitudes para examinar críticamente los volúmenes, por tal razón me di a la tarea de invitar a una persona que fuera calificada para esa labor. Para literatura alguien me recomendó a Octavio Romero, lo busqué y platiqué con él, le agradó el proyecto y aceptó gustoso trabajar en el mismo.

Nuestro trabajo lo agrupamos por lapsos de 5 años o lustros. El primero abarcó el periodo 1996-2000. Se integró por 81 libros y 47 autores. Un día llevamos a la Universidad el trabajo terminado y nos dijeron que iba a pasar por un proceso de aprobación por parte del Consejo Editorial de la Universidad. Estuvimos de acuerdo en el requisito; después de la entrega salimos de la oficina de Publicaciones y en presencia de mi hijo, Enrique Ceballos Alexis, nos dimos Octavio y yo un afectuoso abrazo ante la sorpresa de Enrique que se preguntaba el porqué de tanto escándalo por una simple entrega de material que a lo mejor ni se publicaba. Le explicamos a Enrique que estábamos felices de haber terminado una labor tan ardua y que estábamos seguros que por la calidad del trabajo se aprobaría, tal y como sucedió con su publicación en el año 2008.

El segundo libro comprendió el periodo 2001-2005 y Octavio tuvo que leer 114 libros de 77 autores; se publicó en el año 2014. Ambas obras llevaron el mismo título, cambiando sólo los periodos abarcados: *Colima, tierra de letras. Bibliografía analítica de autores colimenses*, editadas por la Universidad de Colima. El prólogo en los dos ejemplares fue escrito por Carlos Ramírez Vuelvas y en el segundo libro se incluyó una reseña del primer libro efectuada por Juan Diego Suárez Dávila.

El tercer libro del periodo 2006-2010, Octavio realizó las reseñas del 70 por ciento de los libros que le presenté, y el 30 por ciento restante, por su enfermedad, se detuvo el proyecto hasta que llegó el momento en que para no frenarlo le pedí su conformidad para que otra persona versada en la literatura lo terminara, a lo que estuvo de acuerdo. El pasado sábado 29 de febrero fui a su casa de Cuauhtémoc a visitarlo, acompañado por Jesús Adín Valencia, quien terminará el trabajo. Platicamos muy contentos los tres y lamentablemente dos semanas y media después falleció. Descanse en paz, Octavio Romero Cárdenas.



Epidemia y mística

Leopoldo Barragán Maldonado

El pasado domingo 22 de marzo, en este suplemento cultural, *Ágora*, publiqué un artículo titulado *Epidemia y comportamiento*, en el cual abordé desde una perspectiva sociológica diversos efectos que pueden generarse en la interacción de los sujetos y su impacto en el tejido social, como consecuencia de las estrategias preventivas que se han implementado para contrarrestar la avalancha del coronavirus, lanzando algunas hipótesis respecto a la ‘sana distancia’ que, en casos extremos, pudieran provocar anomias como la ‘hipertrofia de valores’, el ‘extrañamiento’ y la ‘indiferencia’; fue un escrito visualizado hacia la exterioridad del fenómeno. Ahora bien, en estas dos semanas transcurridas hemos observado no sólo el incremento en los índices de contagio de acuerdo con la estadística global y nacional epidemiológica, sino también cómo los medios de comunicación han intensificado la difusión de medidas sanitarias más contundentes, inclusive ya se habla de un “distanciamiento agresivo” para enfrentar eficazmente esta contingencia que, al margen de los datos, nos está dando una lección desde la A hasta la Z acerca de la vulnerabilidad de la vida y la fragilidad de la existencia.

El continuo bombardeo de información, el cierre de lugares recreativos, la insistencia en el resguardo hogareño, los saqueos a tiendas departamentales e inclusive la reciente amenaza de quemar un hospital en la localidad de Axochiapan, Morelos, están creando una situación de pánico que puede desbordarse. Las imágenes del Papa Francisco haciendo oración en solitario, o las del arzobispo de Toluca, a bordo de un helicóptero bendiciendo a los fieles de su diócesis, son muestras fehacientes del temor a la epidemia. Inclusive algunos sacerdotes católicos y pastores cristianos han visto el flagelo del coronavirus como un castigo divino, aunque para muchos esto no puede ser más que una aberración del pensamiento.

Tito Lucrecio Caro, en el libro primero de su obra *De la naturaleza de las cosas*, escribió: “ninguna cosa se engendra jamás de la nada por acción divina. Pues la religión, de tal manera inhibe a todos los mortales, que dicen suceder por potestad divina todas aquellas cosas del cielo y de la tierra cuyas causas no pueden explicarse”. Sin embargo, la razón no es infalible, muchas veces resulta insuficiente para explicar lo inexplicable, tropieza con aquello que nos resulta inconcebible, dejándonos a merced de la fe. Pero más allá de la religión, la filosofía y la ciencia, se abren las dimensiones ocultas de la mística, donde los ojos del cuerpo son incapaces de mirar el resplandor divino, como le pasó a Lucrecio al contagiarse del virus del epicureísmo y padeciendo –según mi diagnóstico– ‘materialitis’ crónica degenerativa. Una cosa es mirar y otra contemplar.

Bernardo de Claraval, el predicador de la Segunda Cruzada (1147-1149), fue claro al advertir que sólo mediante la contemplación es posible admirar la majestad divina. En esta línea de

pensamiento místico Hugo de San Víctor reconoció cuatro categorías de objetos respecto a la razón: las que derivaban de la razón y son necesarias; las correspondientes con la razón y que son probables; las que están por encima de la razón, y son admirables; y finalmente, las que están contra la razón y son imposibles. La mística se inscribe en las intermedias, su objeto es lo probable y lo admirable, ‘cosas’ susceptibles de contemplarse únicamente con la visión del ojo espiritual, como lo afirmó Ricardo de San Víctor.

El riesgo del contagio está afectando el equilibrio emocional de las personas, especialmente aquellas que habitan zonas urbanas y grandes metrópolis, motivo por el cual algunas instituciones y profesionales de la salud nos proponen diversas terapias para aminorar el estrés del confinamiento. Decía el gran Séneca: “*Calamitas virtutis occasio est*” (La desgracia es ocasión para la virtud), enseñanza que debemos de asimilar en estos días que se supone permaneceremos en casa; la recomendación del estoico es buena invitación para acercarnos a la práctica de la introspección, un hábito marginado, o probablemente olvidado en nuestros roles cotidianos. En esta cuarentena son bien recibidos los consejos que

San Buenaventura escribió en su *Epístola que contiene veinticinco memoriales de perfección*: “procura reflexionar, con sinceridad de conciencia, al menos una vez al día, al menos estas cinco cosas: cuán breve es nuestra vida, cuán resbaladizo el camino, cuán incierta la muerte, cuán grande es el premio de los buenos, y cuán terrible el castigo de los malos”.

A propósito de terapias, en la medicina romana era frecuente apelar al principio: “*Medicus curat, natura sanat*” (el médico cura, la naturaleza sana), regla que vale la pena tener presente en esta crisis sanitaria. El contacto con la naturaleza, a través del ocio y la recreación, es buen remedio para romper el cerco del tedio y el aburrimiento. Reitero que

el norte de nuestro estado es una clínica al aire libre apropiada para la conservación de la salud, ya lo decía el mismo Lucrecio “la naturaleza gobierna todas las cosas”, refiriéndose a los trastornos del alma y a los padecimientos del cuerpo.

Efectivamente, con la intención de desintoxicarme de la abrumadora información acerca de la epidemia, hace unos días decidí vagabundear por el tramo carretero que serpentea entre Montitlán y Quesería, observando varios escenarios campestres adecuados para la práctica de la contemplación. La introspección y la reflexión en casa; pero la meditación y la ascética, en el campo. Actitudes distintas requieren espacios diferentes. Certamente decían los romanos “*Citrus vincet pathos* (El limón vence la enfermedad), y como al mal tiempo hay que darle buena cara, otra de mis medidas sanitarias fue seguir fielmente la sugerencia médica romana. Aprovechando que me encontraba cerca de Tonila, procedí a desinfectarme la garganta haciendo unos cuantos buches de tequila con limón, justo con el abad Miguel, que no cierra su catedral de la botana más que los martes, y los ojos cuando se va a dormir.



En esta cuarentena son bien recibidos los consejos que San Buenaventura escribió en su Epístola que contiene veinticinco memoriales de perfección: “procura reflexionar, con sinceridad de conciencia, al menos una vez al día, al menos estas cinco cosas: cuán breve es nuestra vida, cuán resbaladizo el camino, cuán incierta la muerte, cuán grande es el premio de los buenos, y cuán terrible el castigo de los malos”.

Octavio Romero (QEPD)

César Anguiano

Conocí a Octavio Romero en su mejor momento, cuando se enamoraba, quizá, por primera vez. Bailaba con una muchacha hermosa de mi pueblo: Helena. Ella era morena, no muy alta, y él, por su delgadez y juventud, lucía un poco más alto de lo que en realidad era. Bailaban, abrazados, una canción de Los Tigres del Norte. A leguas se veía que no era el tipo de música que más le gustaba a él, pero eso no impedía que se viera inmensamente feliz. Helena provenía de una familia humilde, por eso quizá miraba a Octavio, al menos durante los primeros tiempos, como si fuese un verdadero príncipe. Octavio debía tener veintiuno o veintidós años. Yo tenía por aquel entonces diecisiete, o quizá dieciséis. Esa pequeña diferencia de edad, que entre hombres de cuarenta o de cincuenta no es en realidad nada, impidió, cuando éramos jóvenes, que fuéramos verdaderos amigos. No tuvimos prolongadas conversaciones sobre libros, literatura y política, sino después de que ambos cumpliéramos los cincuenta años. Él se casó con Helena y tuvo un hijo, pero yo ya había dejado de verlo. Al parecer, Alcaraces, el pueblo donde yo nací, sólo le interesó mientras le hacía la corte a la que fue su esposa por breves años. Tenía muy pocos verdaderos amigos en su pequeña comarca. A pesar de eso, según el decir de Guillermina Cuevas, él, junto con la misma Guillermina, Jorge Vega, Nadia Contreras, Alberto Vega y yo, a la vez que con otros dos o tres en el municipio, conformábamos un grupo literario: “Los bárbaros del norte”.

Los bárbaros del norte, durante los años ochenta y noventa, nos veíamos muy poco. Y es que no hacíamos otra cosa que leer. Íbamos a la escuela, sí, y a veces hasta teníamos un trabajo, pero lo que más nos gustaba, nuestro sueño más constante, era leer y convertirnos en escritores. Mi único verdadero amigo literario de la región fue y sigue siendo Jorge Vega. A ninguno de los integrantes del grupo le importaba quedarse en casa, tener pocos amigos. Yo a veces veía a Octavio en el camión pasajero. Ambos estudiábamos en Colima y debíamos tomar, forzosamente, el mismo camión para volver a casa. Yo trataba de ver con el rabillo del ojo los libros que, además de los escolares, él iba siempre cargando. Él miraba los míos con un poco de desprecio. Y es que si yo, a mis diecisiete años, iba leyendo *Crónica de una muerte anunciada*, él, a sus veintitrés o veinticuatro, iba leyendo a Spinoza o a Cioran. Siempre me llevó cinco o seis años de ventaja en nuestras lecturas, ventaja que ahora que él ha fallecido, seguramente lograré alcanzar.

El camión en el que yo iba a Colima pasaba siempre por su casa. En ocasiones, desde mi asiento, lograba ver en la parte alta de la casa de sus padres una pequeña terraza y en ella un librero atestado. Hubiera dado cualquier cosa por bajar un día del camión, entrar a aquella casa desconocida y ver los títulos de los libros, pero era demasiado tímido para atreverme. De cualquier modo me reconfortaba que hubiera más jóvenes, cerca de donde vivía, que amaran los libros de la misma manera que yo. Creo, de hecho, que fui afortunado a ese respecto, pues en Alcaraces, además de Jorge Vega y Alberto, estaba su hermano Pascual, el mayor de los tres y el culpable quizá de que el amor por libros y la literatura se extendiera a sus dos hermanos menores.

A Octavio, de hecho, me lo presentó alguna vez Jorge Vega. Jorge y yo debíamos tener veintidós años y Octavio veintisiete o veintiocho. No fue una buena experiencia. Octavio estaba a punto de terminar la carrera de Letras y yo había tenido la mala idea de estudiar Administración de Empresas. Por aquel entonces Octavio ya se había separado de la bella Helena. Sólo el día del velorio de Octavio, me enteré que sufrió mucho a causa de ella. En fin, la separación lo había hecho un poco inseguro y partir de entonces se ocultó detrás de una máscara que dejaba ver muy poco de lo que estaba pensando realmente. Eso, la diferencia de edad, y de nuevo ese abismo de cinco o seis años de ventaja en las lecturas, volvió a impedir que fuéramos amigos. Años después publicó un libro que no me gustó, *Vidas angelinas*. Era el libro de un autor joven, pero a mí, siendo todavía más joven, no me gustó su evidente deseo de imitar las frases de Borges.

Un amigo en común, del que omitiré el nombre, un amigo que lee pocos libros pero aun así opina mucho sobre éstos y sus autores, me dijo alguna vez que Octavio Romero sería, entre los autores colimenses, una especie de Thomas Bernhard, de Samuel Beckett, mientras el resto no pasaríamos de ser los nuevos García Márquez, los nuevos Juan Rulfo. La frase, por supuesto, no me gustó, pero entendí lo que quería decir. Octavio era, quizá, el mejor lector de todos nosotros, el más extenso, el más dedicado. Fue uno de los primeros en descubrir los escritores y la literatura de los países del Este. Cuando el resto de nosotros iba descubriendo a Czesław Miłosz, él ya se había leído todos sus libros, al menos los que hasta ese momento se habían traducido al español. Lo mismo podía decirse de otros autores más o menos exóticos.

Otro amigo en común me dijo que Octavio Romero había tenido su época de parrandas, de excesos y alcohol; que había estado enamorado de una de las poetisas ilustres de la entidad, aunque con poca fortuna. Él y sus amigos fueron conocidos como el grupo de los *esposos*. Todos eran talentosos y buenos lectores; sólo que como muchos poetas y artistas del siglo XIX francés, creían que la mejor manera

de alcanzar la maestría artística, no era trabajando en la obra, sino celebrando muchas francachelas.

Tanto la Secretaría de Cultura de la entidad, como la Universidad de Colima, se rindieron ante su fama de buen lector, de erudito, y lo llamaron a trabajar en sus filas. En la Universidad de Colima trabajó más de quince años, los últimos de la vida de Octavio. Como maestro e investigador en la Universidad publicó un par de libros, una suerte de catálogo sobre libros publicados en la entidad en las últimas décadas; un estudio más descriptivo que valorativo sobre la literatura colimense, cuando lo mejor habría sido atreverse a resaltar o descartar nombres, dando razones, por supuesto. O habría bastado quizá, como deseaba Ortega y Gasset, resaltar sólo lo que más le gustara.

Octavio Romero fue desafortunado en el amor. O quizá su amor por la literatura era más grande que cualquier otra cosa. Puesto a decidir, escogía siempre la literatura, pero la literatura, por alguna razón, parecía decidida a no escogerlo a él. Excepto claro, como su amante, como maestro universitario. Dejó en sus alumnos una huella profunda, un verdadero ejemplo de erudición y amor a los libros. La soledad le podía mucho, sin embargo y eso hizo que se apegara más de la cuenta al alcohol. Para salir de este problema, según sus propias palabras, tuvo que entregarse a Dios. Ignoro si lo decía de verdad, o como broma. Me gusta más pensarlo como un Thomas Bernhard o un Samuel Beckett incrédulos, como un enciclopedista francés burlón y anticlerical, que como un Francisco de Asís.

Octavio Romero solía decir cosas extrañas sólo para probarte. Jamás se podía estar cien por ciento seguro de si lo que decía era de burlas o de veras. Algunos, todos menos leídos que él, le pusieron un mote infamante figurándose que detrás de su sonrisa sólo había desprecio intelectual, pero en más de una ocasión lo vi “rebajarse” a explicar sus chistes para que sus escuchas no se sintieran ofendidos. No hace falta decir que sus bromas y frases cómicas siempre tenían que ver con sus lecturas, con algún libro o autor que nosotros apenas conocíamos.

A los treinta y cinco años, es decir, hace más de quince, me di cuenta que pocos artistas de Colima nos estábamos “logrando” realmente. La gran mayoría de nosotros estaba dejando de ser una joven promesa para convertirse en una triste realidad. Y es que las buenas obras, los buenos libros escritos por nosotros no llegaban, no aparecían por ninguna parte. La gran mayoría publicaba deslucidos ejemplos de aquello que alguna vez nos habíamos sentido capaces de escribir, de lograr. Yo, aterrorizado, no hacía más que leer. Sabía que el tiempo de la verdad había llegado, que tenía que escribir y publicar mis libros. Me espantaba mirar alrededor y ver qué poquitas cosas buenas habíamos publicado.

Hace cuatro o cinco años, Octavio Romero y yo volvimos a coincidir en el café L'arábica. Él estaba a la defensiva, yo había logrado escribir y publicar algunos libros, a veces hasta ganar un par de premios, supongo que creyó que yo era un engreído y me puso a prueba varias veces. Una de ellas, por ejemplo, la recuerdo muy bien, tiene que ver con Nathalie Sarraute. Según él, en broma por supuesto, cualquier autor que no se apegue a las ideas y recomendaciones de esta intelectual para escribir sus propios libros, era necesariamente un autor fallido. Yo, por supuesto, no sabía cuáles eran esos preceptos. Sin embargo, había leído años atrás a Ezra Pound, quien en uno de sus libros sobre poesía, afirma que todo autor original debe crearse su propia idea de la literatura y apegarse a ella. Yo tengo una idea de lo que pretendo lograr con mis novelas, y nada tiene que ver ésta con los críticos, o muy poco en verdad. Yo había ido construyendo, a través de los años, mi propio canon, mi propia poética. Sabía qué me gustaba y que no. Creo no necesitar de ningún crítico para entender si una novela es buena. Ni tengo miedo de decir cuando algo me parece malo, o simplemente legible. Octavio, por supuesto, estaba de acuerdo conmigo, pero esa era la manera de probar a la gente que se le acercaba pretendiendo su amistad. Recuerdo que rió cuando le dije lo que pensaba al respecto. Quiero creer que pasé la prueba. Si no la pasé, no importa. En aquel tiempo, aún vivía Alfredo Montaña, quien también estaba en la mesa. Ellos eran amigos desde hacía mucho. Alfredo había participado de hecho, en muchas de las fiestas de los *esposos*. Yo era un recién llegado a aquella mesa de L'arábica y me divertían esas pruebas, las pasara o no. Igual que a Octavio, me gusta mucho lo libresco y aquellas pruebas, definitivamente lo eran.

Cuando me enteré que Octavio había muerto, me dio mucha tristeza. Su muerte me afectó, pero no como la muerte de un buen amigo, sino como la de alguien que posee los mismos gustos que tú, el mismo amor loco hacia los libros y la literatura. Confieso que asistir al velorio de un escritor, es siempre triste para mí. Es como asistir, de alguna manera, a mi propio entierro; es ver, constatar, que un escritor o un poeta no le importa a nadie. A veces ni siquiera a su propia familia. En el sepelio de un escritor, uno puede darse cuenta de que el amor a los libros es considerado, en realidad, como una suerte de tara, de defecto, casi como un pecado.

El escritor, sobre todo si es buen lector como sin duda lo fue Octavio, desarrolla

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Cosas de limosneros

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1998. Cuando el gran Hotel Ceballos de Cuyutlán era de cemento, con paredes de pajarete, dos años antes del maremoto de 1932 y que éste lo redujo a una era de cemento, pretil y lavaderos, venía año con año un simpático personaje que recuerdo le llamábamos don Nico. No sabíamos cuándo llegaba ni en qué forma arribaba, pues de pronto se le veía pedir limosna en la playa, vestido con un vistoso chaleco, y su cortés forma de pedir era tan singular y tan elegante que pocos se rehusaban a darle unas monedas. En cada ocasión sabía cómo hacerlo. Y así, a una señorita: “Bella damita. ¿Podrías ayudar a este desamparado?”. Y al caballero que se encontraba sentado en la playa, rodeado de su familia: “¡Qué bonita familia tiene! Comprendo el gusto que tendrá en poder ayudarme”. Y a los jóvenes, que en corrillo platicaban de sus aventuras, les decía: “Tal como ustedes, así me veía hace algunos años, y así de alegre estoy y siempre ilusionado, pues espero le darán unas monedas a éste que les procedió en este bello camino de la vida”. Y así, con elegancia, buen humor y atención, ellos con gusto le entregaban una ayuda.

Y así pasaba la Semana Santa y de Pascua y se regresaba posiblemente a alguna ciudad del interior o de la capital, pues los veraneantes de Guadalajara me decían que no lo conocían. Después de la salida del mar en 1932, y cuando reconstruí el hotel en 1934, recuerdo que fue la última vez que lo vi. En la siguiente temporada muchos de los turistas, igual que yo nos preguntábamos cuándo lo veríamos nuevamente.

Allá por los años 50 tuvimos a la *Delfinera*, tipa simpática, que recorría las calles pidiendo una ayuda; su léxico, su manera de portarse de acuerdo con el comportamiento del pueblo colimote, hacían que ella hablara e hiciera cosas que a la gente le causaban hilaridad. Recuerdo que le gritaban: “Una maroma”. Y ella contestaba, entre risas: “¿Con calzones o sin calzones?”. El colimote le entregaba una moneda y ella, al momento, echaba la maroma. Desde luego, era tan rápida y tan lista, que nunca los mirones nos dábamos cuenta de si los traía o no.

En el verano de 1970, cuando Chale, mi sobrino, era tesorero municipal de Tecomán, se presentó el caso de tres locos que pululaban por las calles de la población pidiendo limosna, pero

en muchos casos eran groseros, sucios y carecían de familiares, por lo que el cabildo en pleno, y después de amplias deliberaciones, acordé que una camioneta los llevara a tres lejanas ciudades del interior. Y así fue como una soleada mañana salió rauda la camioneta de la presidencia con los tres orates, que fueron “plantados” en los mercados de León, Aguascalientes y Zamora. Desde luego, a cada uno se le entregaron cien pesos para sus primeros gastos. No habían pasado ocho días, cuando ya había cuatro locos en Tecomán, pues uno de los tres había invitado al cuarto a pasar una temporada de descanso en la limonera ciudad.

En el pasado noviembre dio en ir a la acreditada y prestigiada Casa Ceballos, exactamente a las 10 de la mañana, un señor más o menos limpio, regularmente vestido que, sin hablar una palabra, se presentaba con el sombrero en la mano pidiendo caridad. Todo continuó por todo el mes de noviembre, y en los primeros de diciembre Laura le dijo: “Oiga, señor, usted diario viene”, y entonces él, que nunca hablaba, contestó con una voz clara, aunque un tanto ríspida: “¡Pos diario como!”.

Recuerdo que por la década de los setenta llegaba a la tienda a pedir limosna un jovencito, a quien siempre le ponía alguna moneda en la charolita que me prestaba; desde luego, también lo encontraba a la salida del banco, del cine, o en el jardín, así es que éramos bien reconocidos.

Pues bien, equis día me acompañó al banco Serfin mi yerno de oro, cuando entramos vi al limosnerito, tan luego me vio me alargó la charola y yo le puse un 20 de cobre. Entramos al banco, arreglamos el negocio y nos salimos, siendo medio día, y con un calor sofocante, nos dirigimos de inmediato al jardín, donde en la esquina estaba un tejuinero, pedimos dos vasos, nos lo sorbimos y al querer pagar ninguno de los dos traía dinero, así es que le dijimos al tejuinero y, medio molesto, nos dijo: Antes de pedir escúlquense las bolsas. Un poquito apenado, porque había mucha gente alrededor, me encaminé de inmediato con el limosnerito y cuando llegué con él le dije: Se me acabó el dinero, por favor présteme dos pesos. Y entonces él me contestó: Yo no estoy prestando, estoy pidiendo.

* Empresario, historiador y narrador. +

una relación muy especial con las convenciones sociales, con el poder político y con su tiempo histórico. Con las convenciones sociales porque sabe que estas siempre son cambiantes, que hubo un tiempo en que no fueron así, y habrá otro en que tampoco lo serán. El escritor, el intelectual, se apega más a la bondad, a la libertad personal, que a una convención social. Con el poder político también tiene sus diferencias porque siempre es crítico, porque acostumbrado a leer entrelíneas en los libros, puede leer también entrelíneas la realidad. Su constante lectura de libros de Historia le proporciona sentido histórico; para él es imposible no comparar el pasado con el presente, es imposible engañarlo sobre el verdadero significado de las palabras, de la democracia, por ejemplo, y otras semejantes, tan utilizadas siempre, pero tan poco respetadas. Al igual pues, que critica las convenciones sociales, el escritor critica la política de su tiempo. Nadie ignora, y mucho menos alguien acostumbrado a pensar por sí mismo, que los mexicanos acabamos de salir de uno de nuestros peores momentos. Las zanjas de cuatro kilómetros y medio repletas de muertos en Veracruz, la corrupción, la pérdida de nuestros derechos laborales, el robo generalizado de los fondos de pensiones, la pérdida ininterrumpida de nuestro poder adquisitivo en los últimos treinta años, y otras muchas cosas, afectaron sin duda la estabilidad emocional de Octavio. La guerra del narco de Calderón y pequeños problemas laborales, aunado a todo lo anterior y a sus decepciones amorosas, lo sumergieron, durante sus últimos años, en una suerte de delirio persecutorio. Delirio que, curiosamente, permanecía invisible si de lo que se hablaba era de literatura.

En su velorio, ocurrido hace pocos días, estuve hablando con su hermano Marcos. Llegué más bien tarde, por la noche, y ya no alcancé a ver a los dos o tres amigos literarios, que como yo, habían ido a despedirlo. Me sentí, lo repito, como en mi propio velorio. Recuerdo que en determinado momento me puse de pie y fui hasta su ataúd, que estaba abierto, y miré a Octavio, lo que quedaba de él. Confieso que esperaba ver al menos un vestigio de su sonrisa burlona, pero Octavio ya no estaba ahí. Aquello no era más que un cadáver embalsamado, el cuerpo de un chino o un argentino cualquiera, completamente desconocido para mí.

Antes de salir, le pregunté a Marcos por los libros de Octavio. Me dijo que estaban en la casa de enfrente y en la parte alta de la casa de sus padres. Le confesé que siempre había querido mirar su biblioteca, que tenía años, décadas, con una curiosidad insana por mirarla. Le hablé del librero en la terraza que solía mirar desde el camión, camino a Colima, y me prometió que me lo mostraría. Luego regresé a casa diciéndome que debo organizar mis escritos, que debo entrar menos a la web y leer y escribir más, que la muerte no perdona, ni la falta

de disciplina.

Regresé pensando que en realidad, en nuestras sociedades tercermundistas, todo está organizado para que un escritor falle, para que nadie, en realidad, adquiera la capacidad de pensar por sí mismo. Me dije también que acaso era eso, precisamente, lo que se castiga en muchos escritores, el valor de tener ideas propias. Luego me dormí, quizá después de las tres de la mañana. Mi intención era levantarme a la seis para asistir a la misa de cuerpo presente que sería a las siete. Un día antes se había anunciado que la misa sería a las nueve, pero el párroco del pueblo seguramente tenía muchos pendientes ese día y deseaba quedar libre para ocuparse con calma de sus propios asuntos. O quizá sólo deseaba que hubiera poca gente en la misa de Octavio, que no sirviera de ejemplo a nadie, que no fuera a propagar en nadie el virus del amor a los libros y la literatura.

No escribo estas palabras como una suerte de revancha, a veces hasta entiendo esta forma de pensar. Es una manera simple y sencilla de ver la vida: trabajar duro, de preferencia un trabajo mecánico, para vivir mejor. Si todos trabajáramos diez, doce, quince horas, este mundo sería como jauja, un verdadero paraíso. Esa gente, tan bien pensante, olvida el hecho de que los seres humanos somos algo más que simples organismos luchando por nuestra sobrevivencia, olvida que hay gente parada detrás de la esquina, o detrás de un simple escritorio, lista para quedarse con todo el esfuerzo de nuestro trabajo y que a veces no basta trabajar ocho, diez o hasta quince horas. El poeta, el novelista, el pintor, el bailarín —parecen decirnos esas gentes bien pensantes— hacen muy mal en sugerir que los seres humanos somos algo más que animales, algo más que máquinas. La verdadera humanidad no se alcanza, según ellos, sino luego de los cien millones de dólares en el banco. Todo el que opine diferente será considerado su enemigo. Amar los libros, la literatura, la Historia, la buena música, los buenos textos sobre política, cosas todas que acrecientan, que mejoran nuestra humanidad, es sumamente sospechoso para ellos. Por eso hay que enterrar a los intelectuales, a los artistas, muy temprano por la mañana. Es triste pues, pensar en el velorio y el entierro de Octavio, pero me obligó a recordarlo mientras bailaba con Helena en una terraza de mi pueblo, delgado, casi rubio y feliz, como quizá nunca volvió a serlo.

Me alegra un poco pensar, aunque eso todavía está por verse, que dejó obra terminada, lista ya para ser enviada a la prensa. Me gusta pensar que a pesar de todos los problemas que tuvo que enfrentar a lo largo de su vida —el desamor, el alcohol, la paranoia, la realidad horrible que lo rodeaba no sólo a él sino a todos— logró construir una obra interesante y que pronto, poco a poco, la iremos viendo aparecer. Aunque, también, no voy a negarlo, me deprimó pensando que esa obra no existe.